

## Estadísticas, excesos y Genios

(En *El Nacional*. Caracas, 29 de octubre 1956).

El estudio de ciertas estadísticas nos brinda muchas sorpresas y alguna diversión. Tengo un grave respeto por esta ciencia —si así se la puede llamar— ciencia inexacta a pesar de todo, y cierta desconfianza, a la vez, desde un lejano día de revelaciones sorprendentes, cuando pude darme cuenta en una oficina de provincia, de la inexactitud o del estadístico humorismo de algún funcionario. Se llenaban en cada municipio, en aquellos tiempos, unos cuadros —rojo, amarillo y azul, un color para cada cosa— con los matrimonios, nacimientos y defunciones que daban lugar a las anotaciones municipales. Al leer un cuadro de defunciones surgió la extraña revelación: un ciudadano muerto a causa de fiebre puerperal. Y en otro cuadro que llegaba de otro lejano municipio de los páramos, entre fríos y fraylejones, apareció otra noticia alarmante: una defunción por fiebre amarilla. Y cuánto a la casilla donde debía anotarse las defunciones por enfermedades desconocidas, casi siempre aparecía intocada, virgen de toda indicación.

Los preparadores de aquella estadística provinciana, lejana como mis primeros coqueteos con la razón de la sin razón, consideraban quizás, que se desprestigiaban si no conocían una enfermedad, si ponían la X de la incógnita en esa casilla, de acuerdo con las instrucciones. A pesar de todo, mi respeto por las estadísticas es —en veces— casi un hecho cierto. En algunas épocas la estadística ha tenido categoría de ciencia oculta, como la economía. De técnica casi imposible. Pero el asunto debe haber mejorado, sin duda. Por lo demás, los errores son naturales.

Sólo que la estadística tiene que pasar por tantas manos y muchas de ellas ignaras, descuidadas y taumaturgas como las de aquel funcionario de la fiebre puerperal. Por otra parte, de incongruencias está lleno el mundo. Y esta palabra, según el diccionario —que tampoco es muy exacto— no significa otra cosa que "falta de conveniencia, falta de oportunidad".

Toda estadística —claro está— es relativa. Es una de las ciencias que aplica con mayor frecuencia las teorías de la relatividad. De todos modos, las cifras, como los gráficos, ejercen una gran influencia y la gente tiene que creer. Y como las sumas o restan están, por lo regular, muy bien hechas, no se advierte el error que, casi siempre, está en las

bases. Pero, ¿quién se cuida de las bases? Tal vez en las series deportivas.

El mundo está lleno de estadísticas hechas a la mejor conveniencia, como esas de la superpoblación de ciertas latitudes y de la falta de posibilidades para producir. Muchos intereses mundialmente conocidos influyen para que las estadísticas oírezcan cifras según su conveniencia. Analizándolas un poco se encuentra el error dirigido o la risa le hace muecas a las cifras.

Todo esto se une con aquello, muy viejo, "del hombre en trance de mentir". El trance se renueva en variados aspectos y formas. Quizás sería mejor convenir en que la humanidad ha estado casi siempre —en mayor o menor grado— en trance de mentir. La imaginación excesiva lleva a la exageración, lo que es casi llegar a la mentira. Pero lo trágico o lo cómico —según las situaciones— en que muchas veces la mentira se nos convierte en la verdad más absoluta, con olvido total de las advertencias del inmortal señor Einstein. El proceso es fácil: imaginamos algo, lo pensamos un poco y se nos va quedando como una idea fija. Y tanto, que al fin creemos —por sugestión, autosugestión u obsesión— que ha sucedido o está sucediendo lo que, en verdad, no pasa de ser un imaginismo.

Y para justificar una mentira se cae en otra, hasta crear una red de ellas que conduce a un cardumen de prejuicios. Las cifras prestan su cooperación inocentemente. La propaganda y la falta de análisis de quienes la reciben, se encarga de lo demás. La sombra del nefasto Doctor Goebbels —mezcla de Fausto y Mefisto de la mentira— sigue haciendo discípulos. Llegó el momento cuando el mistificado y mistificante doctor no supo si decía verdad o mentira. Si nadie lo sabía tampoco.

Ocurrió un curioso suceso en un teatro de Berlín cuando, al comienzo de la última guerra, como en diversas ocasiones, Goering y Goebbels se atacaban sordamente, rivales empeñados en alcanzar mayor influencia con el jefe. Un actor cómico, protegido por Goering, deslizaba desde el tablado sus ironías contra Goebbels y dijo:

—Aseguran que la mentira no tiene piernas y por eso rueda con mayor facilidad. Pero eso es incierto: la mentira es coja, solamente.

La alusión al cojo Dr. Goebbels hizo que el actor fuera conducido del escenario a la más próxima estación de policía. Presenciamos el hecho. Pero a poco regresó triunfalmente entre los aplausos del público. Una orden de Goering —más poderoso en aquel momento que su rival— bastó para ponerlo en libertad. El buen público aplaudió también al gordo mariscal que llegó al teatro poco después. Y allí estaba otra mentira: se aplaudía la ventruda mentira de Goering por reacción contra la coja mentira de Goebbels, pues aun cuando el primero gozaba de mayor simpatía entre los nazis, su poder estaba expuesto —como el del rival— a los intempestivos furios del pintor de Bertshgaden.

La no dosificación de la medicina enferma. Así, los excesos de propaganda crean excepticismo o burla, porque el prestigio de un sujeto o de un producto se sostiene, al fin de cuentas, por sus condiciones propias, por sus calidades intrínsecas, pues una vez conocidos sujeto o producto, si no resultan como las señalan la propaganda, caen por sí mismos.

El exceso de propaganda ha traído al mundo un exceso de genios, lo que no dejar de ser perjudicial y tedioso, porque si se llega a la genialidad unánime ¿quién servirá de público a los genios?

José Nucete-Sardi

## ACADEMIA DE MATEMATICA

dirigida por

**RAFAEL ANGEL LLUBERE**

PROFESOR DE ESTADO

Especialidad en la enseñanza moderna del Algebra, Geometría,  
Trigonometría, Algebra Superior y Cálculo Infinitesimal.

Barrio Aranjuez

Teléfono 3963